

N. Vázquez Silva

“EL HURACAN”

(Comedia en 3 actos)



LA CARETA

(Monólogo)



SANTIAGO DE CHILE
Sociedad “Imprenta i Litografía Universo”

1918



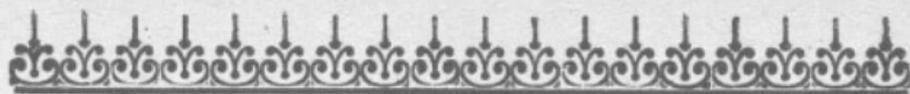
DEDICATORIA

A Blanca Podestá i Alberto' Ballerini, distinguidos artistas arjentinos que con su talento contribuyeron eficazmente al éxito de esta modesta producción.

Su afmo. amigo

N. YÁÑEZ SILVA.

Santiago, Junio de 1918.



EL HURACAN

Comedia en tres actos, estrenada en Mendoza (Argentina) por la compañía argentina Podestá—Ballerini, en el beneficio de Alberto Ballerini la noche del 29 de Abril de 1916, i estrenada en Santiago (Chile) en el Teatro de la Comedia, la noche del 16 de Mayo, del mismo año, por la misma compañía.

REPARTO

ROSA.....	Blanca Podestá.
VIRGINIA.....	Blanca Vidal,
ROSAURA.....	María Cambre.
ADELINA.....	M. Linder.
CÁNDIDA.....	Celia Lanaro.
LAURA.....	María Podestá.
MIMI (niña de 4 a 6 años, hija de Rosa i Javier).....	A. Podestá.
ASUNCIÓN.....	Castellano.
DON PELAYO (tipo un poco detective) 45 a 50 años.....	Pérez..

DESCONOCIDO (tipo sombrío) 30 años.....	Arturo Podestá.
VON GÓMEZ (militar almibarado).....	Casabal.
DON JORJE (abuelo de Rosa i Virginia) 80 a 90 años.....	Alfredo Lanaro.
CIPRIANO (actor retirado. Mui afectado). Edad indefinible.....	Langlemey.
JULIO (tipo de gomoso) 20 a 25 años.....	Marino Podestá.
DON MATEO (vejete verde teñido de negro), Tío PEDRO (criado de fundo) 70 años vi- gorosos.....	Alberto Ballerini.
JAVIER, 40 años.....	Betoldi.
	Ferrer Lliri.

Los dos primeros actos en Chile, se desarrollan entre las doce de la noche i una i media de la mañana. Tercer acto, en Europa, de noche.



ACTO PRIMERO

La escena representa un elegante hall de chalet de campo. Tres puertas a cada lado del espectador. Al fondo una amplia terraza con barandal que mira a un parque sombrío, misterioso, con gran arbolado. Este fondo ha de ser mui bien cuidado para dar ambiente a la escena. Se verá un bosque de pinos, rosales floridos, etc. A lo lejos la reja característica de las casas de fundo chilenas. Es de noche. El hall está iluminado profusamente. En el parque se ve luz de luna. Una araña de luces eléctricas, sillas, etc. Visible al público por un costado un reloj antiguo de péndulo. Una gruesa cortina en una de las puertas, detalle de importancia por su empleo.

ESCENA PRIMERA

DON PELAYO, *observando el parque*; ROSA, VIRGINIA, ADELINA, CÁNDIDA, LAURA, *en un grupo con VON GÓMEZ, DON MATEO, JULITO i CIPRIANO. GÓMEZ i ROSA juegan a las damas. Los demás rodean la mesa. DON JORJE junto a la chimenea con DOÑA ROSAURA que lee. DON JORJE dormita.*

VON GÓMEZ. Cuidado, Rosa, que le como la dama.

ROSA. (*Burlesca.*) Si yo me dejo.

VON GÓMEZ. Es que la encierro.

ROSA. Le soplo ésta...

CIPRIANO. Hace un juego Rosita...

ROSA. (*Jugando.*) ¡Ésta... i si se descuida...

CIPRIANO. Lo devora a usted. (*Por Von Gómez.*)

VON GÓMEZ. Claro. Con los ojos. Se ahoga uno en ellos.

VIRGINIA. A las casadas no está bien galantearlas.

DON MATEO. ¿I a las solteras? (*Meloso.*)

VIRGINIA. ¿Como yo? tampoco.

ROSA. Coróneme ésa damita, me hace usted el obsequio?

VON GÓMEZ. Encantado.

JULITO. I tiene dos. Lo ha coronado dos veces.

DON MATEO. (*Aparte a Julio.*) Imagínate tú si fuera el marido.

CÁNDIDA. ¿Qué murmura usted, don Mateo?

ADELINA. Nada de bueno de seguro.

DON MATEO. Decía que Rosa era una joya hasta jugando.

ROSA. No le creo. Diría lo de siempre, que soi... que soi...

VON GÓMEZ. Adorable.

ADELINA. (*A Von Gómez.*) Hombre, que estamos solteras delante para permitir que se nos invadan derechos.

VON GÓMEZ. Perdón, romántica Adelina, qué quiere que haga...

ROSA. Le soplo ésta... i ésta... i ésta... (*Jugando.*)

LAURA. Bien hecho por tenorio.

VIRJINIA. Mui bien.

CIPRIANO. No le gustan a usted los tenorios?

VIRJINIA. Los detesto i a los enamorados en jeneral.

CIPRIANO. No habrá usted querido nunca.

VIRJINIA. Dios me libre.

ROSA. Mi hermana es mui rara. Nadie puede alardear de haberle conocido el más pequeño flirt.

JULITO. Desgraciadamente i tan hermosa como es. (*Nostálgico.*)

VIRGINIA. Cuidado, nene, que lo mando a acostarse.

JULITO. Voi corriendo si me canta usted el arrurupata.

ADELINA. Pasar la vida sin una ilusión. Qué triste!

VIRGINIA. Para luego sufrir.

DON MATEO. Admiro a Virginia. Es invulnerable. Se me imagina una Walkiria a pie... i le guardo rencor.

CIPRIANO. Yo la comparo con un estanque secular de agua tranquila no tocada aun ni por el ala de una golondrina.

DON MATEO. ¿Un estanque? Dios mío, para cuándo entonces se habrán hecho los chapuzones. Quien se cayera al agua!

ROSA. Se constiparía usted, don Mateo. Ya sabe el refrán: de los cuarenta para arriba no te mojes...

DON MATEO. La barriga, ya lo sé. Pero qué sensación también el de la linfa secular al tocar mi cuerpo reseco como un cardo (*Afectado.*)

ADELINA. Qué imágenes tan sugestivas emplea don Mateo.

DON MATEO. (*Nostálgico.*) ¡Ai! mujeres hermo-

sas, es lo único que me queda: la imajinación. (*Carcajada jeneral.*)

DON JORJE. (*Despertando.*) ¿Qué algazara es esa, Rosaura?

ROSAURA. Lo de siempre: bromas a don Mateo que se desconsuela por el carácter hermético de Virginia.

DON JORJE. (*Melancólico.*) Virginia salió a tí, en cambio Rosa, a su abuelo: turbulenta, ansiosa de vivir. Qué hermanas más distintas. (*Mirando el reloj.*) Pero es tarde ya. Has que sirvan el té. Tengo sueño. (*Rosaura toca un timbre que habrá sobre una mesilla.*)

ROSA. ¡ está usted liquidado, «seor» militar, i con dos damas i cinco peones.

(*Sale ASUNCIÓN. Rosaura le da órdenes en voz baja.*)

VON GÓMEZ. Me domina usted siempre hasta en el tablero.

DON MATEO. (*Mirando a Asunción en el mutis. Esta sonríe a Mateo.*) Qué formas tiene i qué contoneo más sujerente... I me ha sonreído...

JULIO. ¿La ha visto usted?

DON MATEO. A toda hora desgraciadamente, como una tortura. Comprendo el suplicio de Tántalo.

JULIO. Nó: digo si la ha visto usted en el baño.

DON MATEO. (*Como sintiendo un vahido.*) En el... ¿Pero has dicho en el baño? Sujétame párvulo, que me dan vahidos...

JULIO. Se siente usted mal?

DON MATEO. Me siento fauno i me desvaneci ante la visión pagana que me hizo entrever la palabra baño...

ROSA. (*A don Pelayo que ha estado observando el parque con mirada de detective.*) I usted qué hace don Pelayo tan misterioso?

PELAYO. Al parecer nada, ¿verdad?. Pues bien; observo, inquiero, atisbo. Me trae preocupado algo desde hace días.

VIRGINIA. Este don Pelayo es especial. Deja la pedagogía para venir al campo a hacer profesión de policía.

CIPRIANO. (*Afectado.*) No hai nada que apasione más que el detectivismo. Cuando yo actuaba todavía, al terminar de hacer una escena policial, conservaba las maneras i modalidades del detective interpretado. Sherlock Holmes me apasionaba.

DON PELAYO. (*Aproximándose al grupo.*) Yo he encontrado siempre un fondo de poesía en descubrir dramas i cosas sensacionales ahí en donde todo es ambiente de placidez. Uno

es como quien dice el destino, el ángel vengador.

ASUNCIÓN. (*Entrando.*) Tío Pedro quiere hablar con el caballero. (*A don Jorje.*)

DON JORJE. Que pase. (*Mutis criada.*)

ESCENA II

Dichos i Tío PEDRO

Tío PEDRO. (*Es un hombre de cincuenta años, más o menos, canoso, uno de esos antiguos criados de nuestros fundos. Viste chaqueta corta de terciopelo grueso café i pantalón igual con rodilleras. Cejas pobladas i ojos maliciosos. Entra con el sombrero en la mano i una carabina vieja que no abandona.*) Buenas noches su merced i la compañía. Buenas noches misiá Rosaura.

DON JORJE. Buenas noches, tío Pedro.

ROSAURA. Buenas, hijo.

DON JORJE. Ya te vas a tu puesto de rondín?

Tío PEDRO. Sí, patrón, las doce ya están sonadas.

DON JORJE. ¿I siguen los robos de orquídeas?

Tío PEDRO. Han pasado, patrón. Vijilo. Ruidos

he sentido estas noches, pero aseguro que no ha sido por el lao del invernaero. Pero ¡ai! del que se descuide, porque con mi carabina...

DON PELAYO. (*Mui interesado.*) ¿Dice usted que ha sentido ruidos estas noches?...

TÍO PEDRO. Sí, señor, pero no he pillado a nadie. Estoy alerta.

DON PELAYO. Hace usted bien, sobre todo en estas noches con luna.

TÍO PEDRO. Con mi carabina no tengo miedo a nadie, aunque me esté mal el decirlo.

DON PELAYO. A menudo le oímos disparar.

TÍO PEDRO. Lo hago para que vean los pajarracos que estoy alerta.

ROSAURA. Adonde usted lo ve, Tío Pedro es un valiente.

ROSA. ¿Te acuerdas del salteo que tú cuentas?

ADELINA. (*Interesada.*) ¿Un salteo?

CÁNDIDA. Dios mío, ¿cómo fué eso?

LAURA. (*Interesadas las anteriores.*) Cuente, Tío Pedro.

JULIO. Vamos, eviten la nota roja, luego no puede uno dormir.

ADELINA. Cuente Tío Pedro, todo lo misterioso me apasiona.

CIPRIANO. Adelina tiene sangre de artista.

VIRJINIA. Vaya un gusto!

ROSA. En la cadena del reloj lleva Tío Pedro un recuerdo de aquella noche.

ADELINA. ¿I qué es?

ROSA. La vainilla de la bala con que mató al bandido.

ADELINA, CÁNDIDA i LAURA. (*Interesadas.*) A ver?

ADELINA, (*observando el dije i que brillante i limpio está.* Parece de oro).

VON GÓMEZ. Me parecen poco adecuadas estas conversaciones.

ROSA. ¿Por qué, fon Gómez? Son de balística, tema que usted, debe dominar por ser de artillería.

DON MATEO. I luego dicen si uno se desvela i sale al patio... buscando fresco...

JULIO. (*Bajo a Mateo.*) Buscando el derrotero de la sirviente, dirá usted...

MATEO. Calla; que esta noche me aprovecho del pánico i pruebo... Me ha decidido tu relato bucólico...

ESCENA III

Dichos i MIMÍ

ROSA. Rica, ¿qué te habías hecho? (*A Mimi.*)

MIMÍ. Jugando en el costurero. (*Va a las faldas de Rosa i la besa.*)

ADELINA. Cuento, Tío Pedro. (*Tío Pedro consulta con la mirada a Don Jorje.*)

DON JORJE. No seas modesto, hombre, cuenta.

TÍO PEDRO. Si su merced consiente... Joven estaba el caballero i su merced (*por Rosaura*) era una chiquilla mui seriecita que desesperaba a los mozos del contorno. Esta casa era distinta. El parque sólo se conserva igual. Era vicio todo lo que se robaban. Destrozos en los plantíos, en los conservatorios, i los rosales, estos mismos que dan a la casa, todos los días amanecían despedazados, como si se hubiesen subido a ellos. Un día el patrón me dijo: Pedro, ¿quieres rondar a ver si pillas a estos descarados? Yo le dije que bueno i me dió esta carabina. La primera noche parece que adivinaron que yo estaba cuidando en la caseta, a la entrá del parque, la misma que tengo ahora, i no vinieron. Me acuerdo que la señora me dijo al otro día mui asustá: «¿Has encontrado algo?» Pero ya encontraría. La segunda noche me fuí más temprano a mi puesto. Estarían por caer las doce. Era una noche mui oscura. Todos estos alrededores eran mui solos, más que ahora. Sentí primero un chirrido en la reja. Me preparé amartillando mi arma. De-

bían atravesar por un claro i los tenía que ver. Pasó mucho rato...

ADELINA. Estoi palpitante.

CÁNDIDA. ¡Ai! yo también.

MIMÍ. (*Se acoje a la falda de Rosa.*) Mamá, tengo miedo.

TÍO PEDRO. ...no sé cuanto rato pasó... De repente vi moverse una sombra entre el bosque de pinos. Era difícil apuntar por el arbolado. Luego, la sombra corrió hacia las casas. Irá a los conservatorios, pensé... Pero la vi que ganaba los rosales... Me eché la carabina a la cara i disparé... Oí como un golpe de ventana al cerrarse i tuve susto creyendo que le había hecho daño a alguien de la casa... Luego quedó tóo en silencio... ¿Por qué no he de confesarlo?... Tenía mieo... Encendí un fósforo i me acerqué al rosal... Había muerto a un hombre... Rasguñá por las rosas tenía la cara... i la cara parecía ser de persona decente... (*Rosaura ha oído el relato con la cabeza recojida sobre el pecho.*) No supe por qué después de haberlo muerto... sentí mucha pena... (*Termina Tío Pedro emocionado.*)

(*Pausa en silencio.*)

VON GÓMEZ. Caramba el cuentecito para antes de acostarse.

ADELINA. (*Interesada.*) ¿I dónde cayó el cadáver?

TÍO PEDRO. Al pie de esos rosales de la terraza.

CÁNDIDA. ¿Dónde tenía la herida?

TÍO PEDRO. En el corazón.

JULIO. ¿No quieren también reconstituir la escena? Vaya una novecita que se me espera.

DON PELAYO. Delicioso, pienso unas cosas. Ya verán, ya verán...

TÍO PEDRO. Si el patrón no manda otra cosa, yo me voi a mi puesto.

DON JORJE. Buenas noches.

TÍO PEDRO. Buenas noches su merced i la compañía. (*Mutis.*)

DON PELAYO. ¿I nunca se supo quién era ese hombre?

DON JORJE. Vino la justicia i hubo entre todos como una complicidad de silencio. Ni los periódicos hablaron.

CIPRIANO. Cosa más estraña...

DON JORJE. Pero ha quedado para siempre un recuerdo en este caserón. Todas las noches, entre doce i una de la mañana, se siente cerrar una de las ventanas del chalet que da al parque.

ROSA. Así es. Yo lo he comprobado una noche. He sentido crujir los bastidores i luego cerrar con precipitación.

VIRGINIA. Será el viento. Yo también lo he oído, pero me río de estas patrañas.

MIMÍ. Tengo mucho miedo mamá. Yo no quiero dormir sola.

DON MATEO. Anjel, si todos pudiéramos decir lo mismo...

(*La luz disminuye visiblemente.*)

CIPRIANO. La luz ha palidecido. ¿Qué significa?

ROSA. Disminuyen la fuerza en el pueblo vecino a esta hora.

DON JORJE. Desde que se corrió en el pueblo la especie que se oían estraños rumores en esta casa, se le llama «el chalet del muerto» en vez de El Rosal, que es el nombre del fundo... I a la verdad, hai razón para todo eso... Aquel misterio sobre el suceso pasado, luego este ambiente meditabundo, estas salas solitarias, esa ventana misteriosa que se abre a la eternidad... I a pesar de todo adoro este rincón de mis abuelos.

ROSAURA. (*Melancólica.*) Yo también lo adoro.

ROSA. (*Llamando a la criada.*) Asunción... Asunción... (*Viene criada.*) Lleva a acostar a la niña que se está durmiendo. (*A Mimí.*) Di buenas noches a los abuelitos.

MIMÍ. (*A Don Jorje.*) Buenas noches, abuelito.

DON JORJE. Bisabuelo, dirás mejor, picarilla. ¿Rezas todas las noches antes de dormirte?

MIMÍ. I por usted también, abuelito. (*Besándolo.*) I por usted, abuelita. (*Besando a Rosaura. Medio Mutis.*)

DON JORJE. A ver, qué sabes rezar? (*Mimí reza el «Padre Nuestro.»*)

ROSA. ¿I a tu mamá?

MIMÍ. (*Volviendo.*) El beso más grande.

DON MATEO. (al pasar criada en el mutis) Nadadora!

ROSA. Quiere a sus viejos como yo, que no sé a quien quiero más, si al abuelo o a la mamá. Por no ver sufrir a este viejecito, sería capaz de todos los sacrificios. (*Va hacia él i le da un beso en la frente.*)

DON JORJE. Estás correspondida, locuela.

VIRGINIA. Loca sí que lo es i de atar.

ROSA. I yo tan contenta con mi locura.

(*Don Pelayo ha vuelto a la terraza i observa.*)

DON JORJE. Bueno, se hace tarde i mañana hai que madrugar para el paperchasse.

VON GÓMEZ. Es verdad, habíamos olvidado,

ROSA. ¿Pero vas tú abuelito?

DON JORJE. Claro i a caballo, qué te figuras!

ROSA. I yo te acompaño, a caballo también.

VON GÓMEZ. ¿Monta usted mi yegua Kaiserina?

ROSA. La monto, aunque esté un poco nerviosa.

ROSAURA. Quedan ustedes en su casa. Yo acompaño a papá. Buenas noches. (*Rosa les besa. Luego Virginia. Mutis Jorje i Rosaura.*) }

VIRGINIA. Yo también me retiro. Tuve anoche una jaqueca atroz i quiero dormir bien. Buenas noches. (*Mutis.*)

ESCENA IV

Dichos menos JORJE, ROSAURA i VIRGINIA

CIPRIANO. Qué hermanas más distintas son ustedes.

ROSA. Ya lo creo. Virginia es toda una gran mujer. I tan buena i tan formal. No tiene otro defecto que decirme loca a cada instante i no corresponder ningún cariño.

CÁNDIDA. Tienes razón. Vivir sin una afección, ni una esperanza siquiera.

DON MATEO. (*A Rosa.*) Mientras que usted...

ROSA. Cuidado con las reticencias. Ya sé que antes, de soltera, se habló mui mal de mí; i después de casada, se sigue hablando. Qué le voi a hacer. Imagínense ustedes qué trabajo ir tapándoles la boca a cada uno que habla de mí. Me pasaría la vida en eso. Las locas tenemos esa ventaja sobre las que no lo son; como ya estamos catalogadas, pode-

mos seguir haciendo locuras tan ricamente
(*Sigue hablando bajo con Don Mateo.*)

VON GÓMEZ. (*A Adelina.*) Rosa me desconcierta. Tanto cultivar su defecto, llego a dudar de él...

ADELINA. ¿Lo duda usted? Es porque empieza a amarla, i cuando se ama se perdonan todos los defectos. Pero Rosa... Imajínese, un año lejos del marido... i con ese temperamento... Virginia sí que es toda una gran mujer...

VON GÓMEZ. A no dudarlo, todos lo dicen.

ROSA. (*A Don Pelayo.*) ¿Vuelve usted a las pesquisas?

DON PELAYO. (*Misterioso, incorporándose al grupo.*) Verán ustedes. Me trae intrigado hace días un hecho al parecer insignificante, que no sé por qué debe tener relación con lo que pasa en esta casa...

CÁNDIDA, LAURA, ROSA, ADELINA. ¿Cómo?

DON PELAYO. (*Sacando de su bolsillo el cuerpo del delito. Toda esta escena mui cuidada en sus detalles i con el misterio que ella requiere.*)
¿Ven ustedes esto?

CIPRIANO. Un cigarrillo.

DON PELAYO. Sí, un cigarrillo... apenas quemado... Pues hace cinco días encuentro uno así todas las mañanas aquí en la terraza.

ROSA. ¿Qué marca tienen? A ver... «Cabañas».
¡Bah! Son del abuelito...

DON PELAYO. Espere usted. He observado que Don Jorje sólo fuma antes de acostarse un cigarrillo. La colilla, queda por lo tanto en la pieza. Luego él, se levanta tarde, i durante el resto del día fuma sólo puros.

ROSA. (*Intrigada.*) Es verdad...

VON GÓMEZ. I estos cigarrillos los han tirado apenas encendidos...

DON MATEO. (*Con igual curiosidad.*) I todos están matemáticamente iguales.

JULIO. Es cierto.

DON PELAYO. I vean ustedes este otro detalle, la punta contraria a la quemada, está fresca, lo que demuestra que no ha habido succión...

DON MATEO. I son cinco igualmente quemados...

ROSA. ¿I qué piensa usted Don Pelayo?

DON PELAYO. La mañana cuando encontré el primero, no me llamó la atención; pero luego a la siguiente, encontré otro igual, i otro i otro, hasta esta mañana que he recojido el último. De los que veranean aquí no puede ser ésto...

JULIO. Yo no fumo.

DON MATEO. Yo fumo Maryland.

VON GÓMEZ. Yo ejipcios.

CIPRIANO. Yo tampoco fumo.

DON PELAYO. Ni yo. Deducción: este cigarrillo es quemado por una persona ajena a la casa... i es quemado entre las doce de la noche i las cinco de la mañana...

ROSA. ¿Pero por qué lo enciende i luego lo tira?...

DON PELAYO. ¡Ah! Eso es parte del misterio...

ADELINA. Me apasiona todo esto.

LAURA. A mí me está dando miedo. Si será el muerto...

JULIO. No hables tonterías. Esta noche se me atasca la digestión. Siento los síntomas...

DON MATEO. Cualquiera te acompaña ahora a bajar...

DON PELAYO. En total: alguien viene todas las noches a esta terraza...

DON MATEO. A fumarse un cigarrillo. Vaya un smoking room.

VON GÓMEZ. Es comodidad.

DON PELAYO. No sabemos a qué viene, pero hai que vijilar.

ROSA. ¡Ah! (*Todos se asustan.*) Le oí al abuelito decir que los cigarrillos se le desaparecían misteriosamente del velador...

DON PELAYO. ¿Del velador?

CIPRIANO. Es extraño todo esto...

(El reloj de muralla da una campanada)

ROSA. ¿La una?

DON PELAYO. *(Viendo la hora.)* Nó: las doce i media.

CÁNDIDA. La hora del muerto...

LAURA. Tengo miedo.

ROSA. *(Viendo apagarse la luz.)* La luz se acaba. Van a cortar la corriente.

MIMÍ. *(Voz interior.)* Mamá, mamá. Venga a acostarse. Tengo miedo.

ROSA. Duérmete, rica. Ya voi. Encenderé la lámpara para no quedar a oscuras. *(Enciende una elegante lámpara con pantalla roja que habrá en un rincón, que iluminará la escena misteriosamente.)*

ADELINA. Qué pálida la luz de la luna. No se siente ni un rumor. El viento tan solo que canta entre las hojas. Qué misterio tiene la noche. *(Lo anterior dicho en la terraza mirando hacia el parque.)*

CÁNDIDA. ¿Te atreverías a ir a allá, bajo los pinos oscuros adonde estuvimos hoi? *(Pausa lijera.)* ¿Por qué no contestas?

ADELINA. *(Mirando fijamente al parque i sorprendida.)* Sí... sí... ¡Ah!

CÁNDIDA. ¿Qué pasa?

ADELINA. He visto una sombra... allá. (*Emocionada.*)

ROSA, LAURA, DON PELAYO. (*Yendo a la terraza.*) ¿Una sombra? (*El parque está iluminado por una tenue claridad lunar que se hace más visible por la escasa luz interior.*)

ADELINA. Juraría haber visto la silueta de un hombre que salió del macizo de pinos i volvió a ocultarse...

ROSA. (*Dudando.*) Sería ilusión... Como hemos estado hablando...

DON MATEO. Han sido tal vez las copas de los pinos proyectadas sobre los parterres.

VON GÓMEZ. Eso, eso ha de ser...

CIPRIANO. Sí: ¿ven ustedes que al ser movidas por la brisa finjen siluetas?

JULIO. Esta noche adquiero yo una enfermedad al corazón.

DON MATEO. Fíjense ustedes. ¿No parece un hombre esa rama seca que se mueve? Han visto visiones.

ROSA. Ya es hora de recojerse. Están ustedes en su casa. Si alguien siente rumores, avisar.

LAURA. Deja la puerta de tu pieza abierta que tengo miedo... ¿I Virginia? ¿Dormirá? (*Mirando a las habitaciones interiores.*)

ROSA. Virginia no es miedosa. Tiene su dormitorio aislado de todos i duerme sola,

CÁNDIDA. La admiro.

ADELINA. Ahora tengo miedo de verdad. Buenas noches. Cándida, ¿durmamos juntas?

CÁNDIDA. Te admito... Buenas noches. (*Mutis segunda derecha Cándida i Adelina, Laura primera derecha.*)

DON PELAYO. Bueno, a dormir. (*A Rosa.*) Señora, buenas noches. Señores... (*Mutis izquierda primera.*)

ROSA. • Voi a ver si la niña duerme. Buenas noches. En seguida apagaré. (*Mutis tercera derecha.*)

JULIO. (*A Don Mateo.*) Se va ya usted a acostar. (*Con voz temblona.*)

DON MATEO. (*Aparte.*) A pesar de todo yo hago exploraciones... Bueno. (*A Julio, se cojen del brazo.*) Descansar. (*Mutis izquierda segunda.*)

VON GÓMEZ. (*A Cipriano.*) De seguro que no conoce el camino de su habitación...

CIPRIANO. Sí, me puedo perder. (*Disimulando miedo.*)

VON GÓMEZ. Yo le acompañaré... (*Gómez con disimulo lo echa adelante. Mutis pasillo izquierda.*)

(*Pausa. Escena sola.*)

ROSA. (*Con un salto de cama.*) Apagaré. (*Mirà a la terraza i al parque i oye.*) Asunción, Asun-

ción. (*Viene criada de tercera derecha.*) ¿La niña, sigue durmiendo?

ASUNCIÓN. Sí, señora.

ROSA. ¿Cerraste bien todas las puertas que dan al parque i a la calle?

ASUNCIÓN. Todas, señora.

ROSA. No te olvides de sacarme mañana el ropón azul.

ASUNCIÓN. Está bien.

ROSA. (*En el medio mutis criada.*) ¿Has sentido algún rumor en el parque?

ASUNCIÓN. No he sentido nada, señora.

ROSA. (*Iniciando el mutis.*) Buenas noches. Apaga la lámpara.

ASUNCIÓN. Que duerma bien la señora. (*Mutis Rosa.*)

(*Asunción pone en orden algunas cosas. Al ir a apagar la lámpara se oye voz interior de Rosa.*)

ROSA. (*Interior.*) Asunción... tráeme agua para el jarro.

(*Asunción va al cuarto de Rosa. Saca un jarro, cruza la escena de derecha a izquierda del espectador, desaparece galería izquierda i vuelve luego con el agua. Sale de pieza de Rosa. Apaga la lámpara i luego mutis por el foro derecha.*)

Pausa. Escena sola.)

(El reloj da una campanada vibrante en el silencio. A poco se oye un ladrido de perro que ataca. A poco un disparo no muy lejos. «Pequeña pausa». Luego se oye un grito de Rosa en la pieza de ésta.)

ESCENA V

ROSA, a poco DON PELAYO, LAURA, CÁNDIDA, ADELINA, VON GÓMEZ, CIPRIANO, JULIO (*muerto de miedo*), DOÑA ROSAURA i por último DON MATEO.

ROSA. (*En la pieza.*) Socorro! Socorro! Un hombre... (*Luego en el hall.*) Un hombre, socorro, socorro...!

(Los personajes llegarán en traje que revelen que se estaban acostando.)

DON PELAYO. ¿Qué pasa? (*Enciende la luz que siempre estará débil.*)

TODOS. ¿Qué pasa?

ROSA. Un hombre. He visto un hombre...

ROSAURA. Por fortuna mi papá no ha oído.

DON PELAYO. ¿Un hombre dentro de su pieza?

ROSA. Estaba empezando a acostarme cuando oigo un tiro...

VARIOS. El que todos oímos.

DON PELAYO. De Tío Pedro, de seguro.

ROSA. ...Quedo oyendo... pasan algunos segundos... Siento crujir las ramas del rosal i que se ajitaban las que dan a mi pieza... qué susto... miro a la ventana i veo sobre el vidrio la cara de un hombre como la de un muerto al través del cristal de un ataúd, tan pálido estaba... i eché a correr...

DON PELAYO. A registrar inmediatamente.

VARIOS. Eso es, a registrar. (*Van todos a la pieza de Rosa, excepto ésta i Rosaura. Se oyen las voces apagadas.*)

ROSA. La niña está sola. Sáquenla.

ROSAURA. Voi a traerte un pañuelo a mi pieza. Le diré a papá que no ha pasado nada, i a Virginia por si ha despertado con el ruido.

ROSA. (*Con pavor.*) No me deje usted sola, mamá. La cara de ese hombre me persigue.

ROSAURA. Vuelvo en seguida. (*Mutis.*)

(*Pausa. Las voces se alejan cada vez más. De improviso por sobre el balconcillo de la terraza, salta un hombre*

vestido de negro con la cara i las manos rasguñadas.)

ROSA. ¡Ai! ¡ai! el hombre, el hombre, socorro, socorro...

DESCONOCIDO. *(Con la voz emocionada. Los gestos se dejan al talento del actor.)* Por favor, por su hija, no me pierda usted.

ROSA. Socorro, el hombre...

DESCONOCIDO. De rodillas se lo pido... Me matarían.

ROSA. Pero quién es usted, diga...

DESCONOCIDO. Pronto lo sabrá todo... pero sálveme usted.

(Se oyen voces que vuelven.)

ROSA. *(Con extrañeza.)* ¿Salvarle yo?

DESCONOCIDO. Por su hija... Que no me vean... Ocúlteme usted, que ya vuelven. *(Las voces se acercan.)* Pronto le diré. Ocúlteme usted.

ROSA. ¿Cómo? No le comprendo.

DESCONOCIDO. Ya lo sabrá usted todo... Sálveme, por ese anciano a quien usted tanto quiere...

ROSA. *(Como recordando.)* ¡Ah! El abuelito... *(Vacila i se decide.)* Aquí, ocúltese aquí...

(El Desconocido se oculta tras una cortina espesa, i delante de ésta se

sienta Rosa, aparentando tranquilidad.)

ROSAURA. (*Volviendo i cubriendo con un chal a su hija.*) Dije a Virginia al pasar que no se levantara, que no había pasado nada. Papá sigue durmiendo.

DON PELAYO. ¿Qué sucede? Ha gritado usted de nuevo.

ROSA. Sí, me pareció... El pánico...

DON PELAYO. Hemos hecho un registro minucioso i ni una rata.

JULIO. Eso... se ven cosas a veces.

ROSA. Tal vez, el miedo...

ADELINA. Qué susto hemos pasado.

VARIOS. Atroz.

JULIO. I ya esta noche cualquiera se acuesta.

VON GÓMEZ. Afortunadamente no ha sido nada.

ADELINA. ¿I no se han fijado ustedes? Estamos hechas unas fachas. I ustedes también. (*A los hombres. Rien.*)

DON PELAYO. Voi a llamar a Tío Pedro. Se impone que registremos toda la casa i el parque, pero antes a vestirnos. ¡Ah! Aquí nos falta registrar, pudiera ser... detrás de esta cortina... (*Va hacia allá.*)

ROSA. (*Con suma discreción estiende las manos haciendo amago de prohibir el registro.*) Aquí?...

Aquí ya lo he hecho yo...

(Don Pelayo duda i queda observándola con la mano en la barbilla, en actitud de detective. Todos se miran discretamente).

TELÓN RÁPIDO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración anterior. Todos los que actúan en este acto están ya mejor vestidos, pero siempre con cierto desarreglo. Rosa no ha abandonado su sitio anterior. Al levantarse el telón, deja su asiento con suma cautela. Mira a la cortina, detrás de la cual está el Desconocido i luego oye si hai rumores. Al oirlos, vuelve a su asiento con disimulo, suspirando como si el corazón se le arrancara del pecho.

ESCENA PRIMERA

ROSA i ROSAURA

ROSAURA. ¿Por qué no te acuestas? En seguida Don Pelayo i los otros bajan a hacer un prolijo registro al parque. Virginia parece que se ha quedado dormida nuevamente.

ROSA. Voi en seguida, mamá. Deje que me tranquilice. La emoción ha sido fuerte.

ROSAURA. Pero no te vayas a resfriar. Ya vuelven ellos i creo que también sube Tío Pedro. Voi a ver a mi padre. (*Mutis.*)

(*En el momento que Rosa queda sola vuelve a mirar con recelo la cortina.*)

ESCENA II

ROSA, TÍO PEDRO, DON PELAYO, VON GÓMEZ, CIPRIANO, a poco DON MATEO i JULIO i ADELINA.

TÍO PEDRO. (*Subiendo la escalera con Don Pelayo.*) Le digo a usted que si no le he dado, el rasguño que lleva es de cuidado.

DON PELAYO. Cuente usted. Ilústrenos. Aquí está la señora.

TÍO PEDRO. Me alegro que esté usted más tranquila, señorita.

DON PELAYO. ¿I cómo fué esto? Cuente.

VON GÓMEZ. Estamos ansiosos por saber.

ROSA. Cuente, Tío Pedro...

TÍO PEDRO. He de decirle toda la verdad. De todo esto, algo de culpa tengo yo...

ROSA. ¿Cómo?...

TÍO PEDRO. Verá la señorita... Cuando recién

llegué a la caseta sentí un sueño mui grande... pero estaría traspuesto sólo diez minutos, que ha sido el rato aprovechado para que el hombre atravesara el gran claro de la puerta al bosque de pinos... Desperté sobresaltado... i se me ocurrió que alguien andaba por el parque.

DON PELAYO. ¿Sintió usted algo?...

TÍO PEDRO. Como sentir no sentí nada... pero tiene el sueño esos sobresaltos que le anuncian a uno. Me puse en guardia. Miré a la terraza i vi que había poca luz. Creí que se habían recojido... i me puse a rondar... Luego vi que arriba se movían personas i esto me hizo maliciar que algo habían visto o sentido. Me dió una rabia bien grande conmigo i también vergüenza. Como perro me puse a buscar... No tardé en sentir rumores entre los pinos i que estos rumores se acercaban a la casa. Valiéndose de la sombra i del arbolado avanzaban. Me adelanté i esperé detrás de un tronco, en el último camino por donde debían pasar. Ya aquí arriba no había nadie.

DON PELAYO. Nos habíamos recojido...

TÍO PEDRO. De improviso el hombre atravesó tan lijero que no tuve tiempo de hacerle fuego. Se había metido al rosal. Esperé la

presa. Sentí rumores de ramas i disparé a un bulto... i luego oí los gritos de la señorita... juraría por mi vida que vi saltar al hombre por la terraza i que se metió aquí...

VON GÓMEZ. Hemos hecho un registro minucioso...

TÍO PEDRO. El hombre no ha salido... el hombre está aquí dentro...

ROSA. Lo han registrado todo, Tío Pedro.

TÍO PEDRO. (*Mirando receloso.*) Como yo le pille...

ROSA. Bueno, retírese, Tío Pedro.

TÍO PEDRO. Yo me quedo aquí abajo por si acaso... Juraría que...

DON PELAYO. Nosotros haremos una policía por todo el parque.

(*Mutis Tío Pedro por foro.*)

DON MATEO. ¿Qué dice Tío Pedro? (*Ya vestido.*)

DON PELAYO. Que vió saltar un individuo aquí.

JULIO. (*Saliendo.*) ¿Qué es lo que dice Tío Pedro?...

DON PELAYO. Que vió saltar al hombre...

ADELINA. (*Asustada.*) ¿Qué dice Tío Pedro? (*Saliendo.*)

DON PELAYO. Caramba. Esperaré que venga Cándida i Laura, para no repetir lo mismo.

ADELINA. Con el susto han quedado como alestargadas. Yo les acompaño al parque.

CIPRIANO. Empieza a sentirse frío.

DON PELAYO. Vamos. (*A Von Gómez.*) ¿Lleva usted su espada?

VON GÓMEZ. Al cinto.

DON MATEO. (*Aparte.*) Lástima de noche. (*A Cipriano.*) No sé qué pensar de todo esto... Aquí se oculta algo...

CIPRIANO. Rosa me da mala espina... Qué tendría de extraño con esa cabeza... (*Mutis los dos.*)

DON PELAYO. Yo, como usted, sospecho algo grave.

VON GÓMEZ. ¿También de ella?

DON PELAYO. También... Hai que ser malicioso.

JULIO. Tendré que resignarme a seguirlos. Vaya una nohecita. (*Mutis los tres.*)

ADELINA. (*A Rosa.*) ¿No te acuestas?

ROSA. En seguida. Rejistren bien...

ADELINA. Descuida. Me apasiona todo esto. Un capítulo de novela. (*Mutis.*)

ESCENA III

ROSA i DESCONOCIDO

ROSA. (*Cuando se apagan las voces, Rosa se levanta a observar que todos duerman. Se asoma*

a la terraza i vuelve rápida a la cortina.)*

Salga usted. (*Secamente.*)

DESCONOCIDO. ¡Oh! ¡Qué buena es usted!...
Bendita sea usted...

ROSA. (*Sin mirarle.*) No perdamos el tiempo...
Hable bajo... Nos pueden oír, i sea lo que
sea, no quiero que el abuelo ni la mamá, se
enteren de nada... Hable...

DESCONOCIDO. Ante todo perdone por lo que
või a decir...

ROSA. (*Enérgica.*) Le ordeno que hable usted
sencillamente... Tengo ansias de saber...
¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Por
qué entra en esta casa honrada como un
bandido?

DESCONOCIDO. (*Temblando ante la espresión ban-
dido.*) Bandido... Bandido...

ROSA. Los hechos me autorizan a calificarlo así...

DESCONOCIDO. No soi un bandido...

ROSA. Diga entonces, quién es... Esta ansiedad
me agobia... ¿A qué viene usted a esta casa?

DESCONOCIDO. Una persona que nos ha salvado
la vida, bien merece una amplia confesión.

ROSA. (*Estrañada.*) Las palabras, su manera de
espresarse, acusan en usted cierta educación.
¿O es tan solo un ardid rastrero?...

DESCONOCIDO. No... Soi un...

ROSA. No me interesa saber sus antecedentes...

¿A qué viene usted aquí?... ¿Por qué viene usted aquí?...

DESCONOCIDO. Voi a decirle todo de una vez...

Yo vengo aquí... por... Pero sea usted compasiva...

ROSA. Diga pronto, que me exaspera...

DESCONOCIDO. Yo no vengo por robar... Yo vengo por...

ROSA. Pronto que me mata usted...

DESCONOCIDO. Vengo por ella... (*Mira hacia el cuarto de Virginia.*)

ROSA. (*Vacilando horriblemente.*) Cómo... ¡Ai!... (*Grita ahogadamente.*) ¿Por ella?... ¿Por ella?... (*Con voz enronquecida.*)

DESCONOCIDO. (*Con la cabeza baja.*) Por ella...

ROSA. Dios mío... Qué pesadilla... Nó, no puede ser...

DESCONOCIDO. Sí, «por ella...» (*Rosa esconde la cabeza entre las manos como anonadada.*) I ahora llame al rondín para que me asesinen... yá sabía yó que cuando usted supiera... Pude mentirle... Pero la verdad me salía del corazón sin poder contenerla... la he herido a usted... a usted... que ha sido tan jenerosa conmigo... (*Se enternece.*) Perdón... perdón... haga usted de mí lo que quiera...

ROSA. Sí, casi me ha muerto usted... Hubiera preferido un engaño piadoso... Ella... ella...

mi... ¡Dios mío! ¡Qué pesadilla tan horrenda. Pero no perdamos tiempo. (*vacilando.*) Entonces usted entraba a esta casa burlando las canas del abuelo... de mi madre... el cariño, el gran cariño i respeto mío por ella...

DESCONOCIDO. Sí... soi peor que un bandido que mata...

ROSA. Usted lo ha dicho... I yo soporto su presencia... Nó... Nó... llamaré... para que vengan i lo mate Tío Pedro aquí mismo i sirva de escarnio a todos los... (*Va a llamar i vacila.*) Pero nó, todo se sabría i ella sería objeto de la vergüenza pública... i qué dolor tan grande para el abuelito... para mi madre... para todos... No puedo i tengo que soportar su presencia.

DESCONOCIDO. Cómo justificarme ante usted. Todo sería en vano...

ROSA. Nó; hable, hable usted, que yo sepa al menos algo... lo necesito... antes que vuelvan del parque... antes que despierte nadie... ¿Cómo entraba usted en esta casa?... ¿Cómo la conoció?... ¿Cómo pudo que ella...? (*Esta palabra la dice con trabajo.*) ¡Qué bajo es todo esto!...

DESCONOCIDO. Ella... me dió un día el molde de una llave en cera... la de la puerta del.

parque que da al camino... Yo mandé hacer otra llave...

ROSA. Qué terrible tener que oír esto...

DESCONOCIDO. Esto me permitía abrir la reja...

Sabía que el rondín era un hombre terrible i que vijilaba como un cancerbero. Por una persona allegada a él supe que todas las noches, apenas se hacía cargo del puesto, dormía algunos minutos, confiado en que nadie vendría durante las primeras horas de la noche. Aprovechaba ese momento de sueño i abría la puerta, atravesando el claro peligroso, i me escondía en el pinar. Luego con mucha cautela avanzaba bajo el bosque, escurriéndome junto a los árboles al pasar los caminos. Para disimular i despistar, solía a veces llevarme plantas de orquídeas i otras insignificancias.

ROSA. ¿Cómo sabía que en el chalet ya todos nos habíamos acostado?

DESCONOCIDO. Al llegar bajo los rosales esperaba fijos los ojos en el rincón de esta terraza. Pronto una lucesilla moribunda me anunciaba que ya no había peligro.

ROSA. ¿Una lucesilla, de quién?...

DESCONOCIDO. Encender un fósforo habría sido significarse demasiado... un golpe, un ruido, otra luz cualquiera, nos habría puesto en

evidencia. Ella entonces daba la señal con un cigarrillo i al ver brillar yo en la terraza la chispita entre las sombras, avanzaba, i ella tiraba del cordel de la mámpara con cautela. Subía palpitante, cruzaba esta misma terraza. Muchas veces cerca de la puerta de su pieza oí su respiración tranquila i la de su hija que dormían dulcemente... Me imaginaba un bandido consumado cruzando los pasillos i los patios, descalzo, atisbando las cerraduras de las puertas, palpitando al ruido más insignificante de la noche. Muchas veces al avanzar así, me miraba las manos creyendo verme un puñal en ellas i me tranquilizaba al encontrar en vez del puñal la blancura de otras manos que me conducían. (*Rosa da un jemido.*) Varias veces en mi embriaguez infinita de enamorado, sentía remordimientos profundos por lo que hacía, pero esas manos suaves se posaban en las mías i me conducían tan dulcemente... Esta noche como siempre, burlé al rondín. Estaba bajo los pinos, cuando siento que el hombre me busca con rabia, tuve el presentimiento que estaba perdido. Seguí oyendo. Los pasos los sentí tan cerca, a veces, que casi me alcanzaban. Veía yo que de arriba me espiaban... Luego que vi todo tranquilo avan-

cé. El rondín me vió, apuntó... Loco trepé los rosales, rasguñándome, en un delirio de salvación, luego oigo un tiro... La bala pasa rozándome... Quiero ganar una ventana i la encuentro cerrada... ¡Qué angustia! Era la suya.

ROSA. Qué cara más espantosa tenía usted...

DESCONOCIDO. Usted gritó... Me sentí perdido...

No podía dejarme caer porque abajo esperaba el rondín para matarme. Me agarro a los cañones de aguas lluvias i colgado sobre las rosas avanzo a pulso... Me detengo un segundo, un segundo que duró un siglo, i oigo que la jente se precipita a su pieza... Salto entonces a la terraza como loco, creyéndola sola, i me encuentro con usted que me ha salvado la vida... De otro modo estaría tendido allá abajo con el corazón hecho trizas de un balazo.

(Pausa.)

ROSA. I la señal... esta noche?...

DESCONOCIDO. La señal?...

ROSA. Chit. Oigo pasos que se acercan... (*Virginia con cautela se acerca a la terraza i aspira tres veces el humo de un cigarrillo.*)

ROSA. (*Después de ver lo que hace Virginia.*)

La señal.

DESCONOCIDO. (*Afirmativamente i con emoción.*)

SÍ. (*Quiere ir donde ella, pero Rosa lo detiene. Pausa. Rosa va luego donde Virginia i la llama.*)

ROSA. Virginia...

VIRGINIA. ¡Ai!...

ROSA. No te asustes. Soi yo.

VIRGINIA. Rosa, qué haces? Nó te has acostado...

ROSA. Tranquilízate... Tu hermana te quiere mucho...

VIRGINIA. ¿Qué significa?...

ROSA. (*La coje de la mano i la lleva junto al desconocido.*) ¿Conoces a este hombre?

VIRGINIA. (*Mirando espantada.*) Nó, no le conozco.

ROSA. ¿No le conoces?...

VIRGINIA. (*Luego suplicante.*) Perdón, hermana mía...

ROSA. Me parece que estoi soñando un sueño horrible.

(*Los tres quedan como anonadados.*)

VIRGINIA. Cuando el abuelito lo sepa. (*Aflijada. Queda pensando.*)

ROSA. (*Como recordando.*) ¡Ah! ¡El abuelito! De eso me encargo yo... (*Irritada.*) Pero tú, Virginia, tú...

VIRGINIA. No me recrimines. Estuve loca. Todas las mujeres tenemos, aun las más santas, las más puras, un momento en que sentimos

en el alma i en el cuerpo como la conmo-
ción de un huracán, que todo lo arrastra,
que todo lo desquicia. La vida, las preocu-
paciones, las conveniencias, todo eso que es
para nosotros una valla insalvable, se arras-
tra como en un vértigo. La tempestad dura
mui poco, pero lo suficiente para precipi-
tarnos para siempre en el precipicio. Luego
se sigue viviendo como siempre, pero ¡ai!
de aquéllas que en ese momento vertiji-
noso no encuentran un apoyo, un abrigo en
que cobijarse...

ROSA. Tu eras tan buena, tan a prueba de
asechanzas...

VIRGINIA. Lo fuí. Esa misma confianza que los
que me rodeaban hacían nacer en mí, tal vez
me perdió. Un día sin saber cómo, en medio
de camino tan plácido, me sorprendió el
loco torbellino. Cerré los ojos. Unos brazos
me recibieron i creí que estaba salvada.
Cuando todo volvió a la calma, me vi presa
entre tantas responsabilidades, que forzosa-
mente las admití, i me hundía en el fango,
i lo sentía dulce i tibio. I todo aquello me
ahogaba, i yo me resignaba a la asfixia...
como muriéndome sin sentirlo...

DESCONOCIDO. Yo también me sentía arrastrado
como usted.

VIRGINIA. Recuerdo aquella tarde que usted me propuso entrar a esta casa por primera vez. Me decía: «el destino nos une, la fatalidad nos encadena». Yo rogué, supliqué. Aun cuando usted había llegado a esta misma terraza, me arrodillé suplicándole que se fuera. Se disculpó con que le podrían descubrir. Disculpas. Yo insistí. Recuerdo que más de una hora estuvimos discutiendo en esta terraza. Yo temblaba de frío. Usted me atraía con fuerza magnética, me subyugaba, era el huracán que me arrastraba con poder supremo. Usted exigía friamente, cruelmente. Cansada de llorar me abandonaron las fuerzas i ya no supe más de mí... Cuando a solas ante mi madre, ante el abuelo, pensaba en todo esto, me imaginaba que Virginia había muerto i que era otra alma la que habitaba en mí i esto me consolaba pasajeraamente, hasta esta noche nefanda en que mi hermana parece arrebatarme al vértigo, a esa fiebre horrible, como una agonía de sed. I ahora estoy perdida, irremisiblemente perdida... i para siempre...

ROSA. Nó, yo te salvaré...

VIRGINIA. Sueñas...

ROSA. Ya verás... Esperen... Los momentos son preciosos. (*Mutis. a foro.*)

ESCENA IV

VIRGINIA i DESCONOCIDO

DESCONOCIDO. (*Después de una pausa.*) Virginia, mírame...

VIRGINIA. No puedo...

DESCONOCIDO. En nombre de todo lo que te he querido... de todos los momentos...

VIRGINIA. No los recuerdes... no los quiero recordar... He despertado de mi pesadilla...

DESCONOCIDO. Te perderé para siempre... Recuerda... Yo te he querido hasta el delirio... Por ti me esponía a que me mataran una noche cualquiera... I yo también tengo familia. ¿Recuerdas el día que nos conocimos?

VIRGINIA. Amarga hora aquélla...

DESCONOCIDO. La puso el destino en nuestras vidas... Tú ibas a caballo por entre los trigales. Soplaba la brisa como un canto de amor... Te miré a los ojos i tú a los míos...

VIRGINIA. Maldita mirada...

DESCONOCIDO. Después, todas las tardes te encontraba en medio del trigal. Cómo comentábamos nuestra amistad, nuestra dulce locura. A ti te encantaba el secreto profundo de nuestros amores, i me decías siempre que experimentabas una dulce angustia al pensar en nuestro amor en medio del calor del hogar. Qué proyectos hacíamos!

VIRGINIA. (*Como poseída por los recuerdos.*) De huir mui lejos... mui lejos...

DESCONOCIDO. El primer beso, recuerdo como si fuera hoi... Me lo diste entre los trigos... ¿Por qué ahora me huyes?... ¿Qué daño te he hecho yo?... Todavía hai tiempo para huir... para huir mui lejos... Por la escala de la servidumbre... (*Le ha cojido la mano i la seduce con palabras.*) ¿Quieres?... Pronto... sí, luego... si no me matan... Accede... Sí?... (*Se sienten los pasos de Rosa.*) Alguien viene... Accede... amor mío... sí... sí...

VIRGINIA. No, nunca. Tú eres mi hora mala, el huracán de mi vida...

ROSA. Tío Pedro sube...

DESCONOCIDO. ¿Para asesinarme?... Nó, venderé cara mi vida...

ROSA. No la necesitamos. (*A Virginia.*) Ocúltate, que no te vean. (*Virginia se retira a un rincón.*)

ESCENA V

ROSA, VIRGINIA, TÍO PEDRO i DESCONOCIDO

TÍO PEDRO. (*Al ver al hombre se echa la carabina a la cara.*) Este es el bandido... Lo mato.

DESCONOCIDO. (*Acorralado.*) Asesino... (*Con voz ronca.*)

ROSA. (*Interponiéndose.*) Nó... Tío Pedro... Usted no toca a este... (*recalcando*) señor...

TÍO PEDRO. Este fué el que saltó por la terraza, le juro a usted... Yo lo vi.

ROSA. Lo mando. Usted no toca a este hombre...

VIRGINIA. (*Mirando al parque.*) Vuelven ya... del parque... ¡Dios mío qué ansiedad!

ROSA. ¿Oye usted? (*A Tío Pedro.*)

TÍO PEDRO. (*Sorprendido i dudando.*) Pero usted, señorita, Rosa... (*Con acatamiento.*)

ROSA. Silencio. Usted baja por la escala de servicio i conduce a este señor, guardándose que nadie lo vea... Salen por la puerta del parque que da al camino. Vaya usted que ya vuelven... De todo esto, al abuelito i a la mamá, ni media palabra. Como hable usted lo despido.

TÍO PEDRO. Señorita... (*Como en tono de pro-*

testa. Aparte saliendo.) Aquí en todo esto hai un misterio mui feo. (*Mutis derecha galería.)*

DESCONOCIDO. (*Al irse quiere decir adiós a Virginia.)* Virginia. (*Dice lloroso.)*

ROSA. (*Terca.)* Salga... no diga usted nada... usted es la desgracia de esta casa... (*Virginia le da una mirada, Desconocido ahoga un sollozo. Mutis Pedro i Desconocido por foro derecha.)*

ESCENA VI

ROSA, PELAYO, CIPRIANO, VIRGINIA, ADELINA,
JULIO, VON GÓMEZ, DON MATEO

VARIAS VOCES. (*Subiendo la escala.)* Aquí le traemos... Aquí le traemos...

ROSA i VIRGINIA. (*Sorprendidas.)* ¡Cómo... los han visto...

VIRGINIA. Estoy perdida...
(*Entre varios traen a Don Mateo que pone cara resignada.)*)

ADELINA. Ibamos en nuestra pesquisa i Don Mateo se nos pierde... le llamamos, nada; i luego...

DON PELAYO. Lo hemos encontrado bajo el rosal...

VON GÓMEZ. I lo que es más grave cerca de la habitación de la criada...

CIPRIANO. I le traemos para que le juzgue el alto tribunal. (*Por Rosa i Virginia que son-rien.*)

ADELINA. I nos dió un susto grande, cuando surjió de entre las matas... Von Gómez tiró de su espada...

VON GÓMEZ. I alcancé a desnudarla...

DON MATEO. Yo no...

TODOS. ¿Cómo?

DON MATEO. Yo no niego que estaba en el parque.

ADELINA. Era lo que faltaba, que negara...

DON MATEO. Pero de un paseo inocente bajo la luz lunar, a suponer hechos de suma gravedad... cuyas dudas tan solo ya me ofenden... hai distancia...

JULIO. (*Bajo a Don Mateo.*) Lo que hai es poca vergüenza... fauno...

DON MATEO. (*A Julio.*) Tú me conoces, párvulo... pero sé hermético.

ROSA. ¿I qué hai de las pesquisas?

DON PELAYO. Infructuosas. Recorrimos el parque entero, i nada. Pero eso sí que huellas hai en los rosales...

ROSA. Las que ya había hace días.

ADELINA. Qué pálida está Virginia...

ROSA. I con razón. Ha sido noche de susto, i todo según parece por mi imaginación de loca.

ADELINA. Tengo un sueño que me caigo. Von Gómez, vijile a Don Mateo.

DON MATEO. ¿Duda usted de mí? Pues el cor-
dero Pascual i yo, ídenes. (*Mutis Adelina i
Don Mateo.*)

DON PELAYO. Buenas noches. (*A Cipriano.*) Si-
go creyendo que en todo esto hai «¡miáu!»
gato encerrado. (*Mutis los dos.*)

VON GÓMEZ. (*Saluda con la espada i mutis.*)
(*Julio va hácia la pieza de Laura.*)

ROSA. ¿A dónde va Julio? Esa es la pieza de
Laura...

JULIO. ¡Ah! Con los sustos he perdido la orien-
tación. (*mutis adonde lo hace primero.*)

ESCENA ULTIMA

ROSA. (*Mirando al parque.*) Van llegando a la
puerta... ya salen.

VIRGINIA. Por mí te has sacrificado... Tío Pedro
contará todo esto i hablarán de ti.

ROSA. Qué importa. De mí tanto se ha dicho
de malo... Que digan una vez más.

VIRGINIA. Tu marido lo sabrá... allá en Europa.

ROSA. I es lo único que siento, pero él también duda ya. Yo seguiré siendo la loca de siempre... en cambio tú... no me habría conformado... I luego la pena del abuelito, de la mamá... mientras que yo, una locura más... de esa loca, por todo comentario...

VIRGINIA. Te debo más que la vida, te debo la honra.

ROSA. (*Con tristeza.*) Que te la da la que pará nadie es honrada. ¡Qué ironía! (al hacer el mutis.)

TELÓN



ACTO TERCERO

Un boudoir elegante. Noche. Al levantarse el telón se oye un vals lejano tocado por orquesta.

ESCENA PRIMERA

JAVIER, ROSA, ADELINA *i* JULIO, *entrando*.

JULIO. Los divisamos un instante en el Casino
i luego se nos perdieron de vista.

ADELINA. I yo dije a Julio que pasáramos a
darles las buenas noches.

ROSA. Gracias.

JAVIER. Gracias.

JULIO. Qué agradable esta noche en la Costa
Azul. Parece una noche chilena, ¿verdad?

ROSA. De eso hablábamos hace un momento
con Javier. Hicimos gratos recuerdos de allá.

ADELINA. ¡Oh! La patria. Cómo se recuerda

siempre. Aun sus pequeñeces, sus defectos a la distancia, se nos vuelven encantadores.

ROSA. Nada hai más hermoso en el mundo que la tierra en que nacimos i que nos vió nacer.

JULIO. Yo no puedo olvidarme de ciertas cosas. Mui bien esto del adelanto, pero que no hayan ciertas comidas. Vean ustedes: Todos los días leo el menú i nunca encuentro cazuela de ave, sino, «consomé Royal», «consomé a la dernièr!»

ADELINA. Está insoportable con eso de las comidas. Anteayer se le antojaron melones. ¡Melones! Que cuando se hallan cuestan un ojo de la cara. (*Cesa la música.*)

JULIO. I allá que los había tan hermosos por sesenta centavos. Qué suculentos los que comíamos en su fundo, Rosa.

ROSA. (*A Javier que está triste.*) ¿Quieres recojerte? ¿Qué tienes?

JAVIER. Nada. Un poco cansado. Es temprano todavía. Revisaré correspondencia. (*Se pone a abrir cartas.*) Con permiso.

ROSA. ¿I qué tal os va con la luna de miel?

JULIO. Pregúntele usted a ella...

ADELINA. Eres un pesado...

JULIO. Oye usted la respuesta. Es que le va bien i por egoísmo no quiere recordar ciertas cosas...

ROSA. Lo que es la vida. Pero no flirteaba usted en Chile con Laura, Julito?

JULIO. Así era. I yo mismo me admiro al verme casado con Adelina.

ROSA. ¿I cómo fué eso?

JULIO. Ni yo me lo esplico. Un día miré de cerca los ojos de Adelina i comprendí que me había equivocado de cariño i se lo dije a Laura...

ROSA. Se pondría furiosa...

JULIO. Nó: me contestó que a ella le pasaba otro tanto...

ROSA. (*A Adelina.*) ¿I tú?...

ADELINA. Me perdió mi romanticismo. Yo flirteaba con Von Gómez i un día me dió por encontrar elegante a este mono, i ridículo a Von Gómez... i...

JULIO. I hemos escrito en colaboración el último capítulo de la novela. Le pusimos pie de imprenta en Venecia. El romanticismo de Adelina se exaltó en la ciudad de las lagunas. En el Canalazzo feché la carta encargándole un muñequito a París que diga papá i mamá.

ADELINA. Te pones insoportable.

JULIO. Qué afán de ocultar la felicidad tienen las mujeres.

ROSA. Bonito fin de una romántica,

JULIO. No hable usted de fin todavía. Nos falta visitar Suiza i confío mucho en los lagos...

JAVIER. Don Jorge escribe comunicándome que le han hecho ofertas por la compra de «El Rosal». Hará bien en vender esa propiedad antipática.

ADELINA. ¿No le gusta a usted? A mí me encanta, con su carácter señorial, con su misterio.

JAVIER. No entiendo eso del alma de las cosas. Patrañas de artistas.

ROSA. De todo hai en la Viña de Cristo.

JAVIER. (*Mirando cartas.*) Hasta de eso... Una carta para ti. Trae membrete del Convento de las Monjas Claras... (*Se la entrega.*)

ROSA. (*Con alborozo.*) De Virginia.

ADELINA. Dicen que está mui contenta en el Convento.

ROSA. Así lo revela en sus cartas.

ADELINA. Virginia elijió el sitio que le correspondía. Tan seria, tan mística...

JAVIER. (*Intencionado mirando a Rosa.*) Hai quienes no lo elijen nunca i lo equivocan además... Carta de mi suegra...

ROSA. (*Humilde.*) ¿Qué te dice?

JAVIER. Me hace algunos encargos, i además el de siempre, que te cuide. Cualquiera creería que se trata de un bebé.

ROSA. Hazte cargò de que es madre. Siempre las madres creemos niños a los hijos. Así parece que son más nuestros.

JAVIER. Pregunta por su nieta Mimí...

ROSA. Si la viera. Está más grande i más mona i más loca...

JAVIER. Como la mamá... (*Intencionado.*)

ROSA. Ojalá, que mi locura jamás ha hecho daño a nadie.

JAVIER. (*Irónico.*) Sí... jamás...

JULIO. (*Bajo a Adelina.*) Vamos, Esto, como siempre, toma tintes de drama i detesto el jénero por desagradable. (*A Adelina.*) Bailaremos un vals i a dormir. Ha estrañado a todos no bajaran al salón del hotel. Todo el mundo está entregado a la Diosa Tersípcore.

ADELINA. (*Poniéndose de pie.*) ¿A qué hora vas mañana al baño?

ROSA. Un poco más temprano que hoi. Habrá menos curiosos.

ADELINA. ¿A las nueve?

ROSA. A las nueve.

ADELINA. (*Con un beso.*) Buenas noches, Javier, buenas noches.

JAVIER. (*De pie, indiferente.*) Buenas noches. Tengan cuidado en la escalera... Hai un

ROSA. Hazte cargo de que es madre. Siempre las madres creemos niños a los hijos. Así parece que son más nuestros.

JAVIER. Pregunta por su nieta Mimí...

ROSA. Si la viera. Está más grande i más mona i más loca...

JAVIER. Como la mamá... (*Intencionado.*)

ROSA. Ojalá, que mi locura jamás ha hecho daño a nadie.

JAVIER. (*Irónico.*) Sí... jamás...

JULIO. (*Bajo a Adelina.*) Vamos, Esto, como siempre, toma tintes de drama i detesto el jénero por desagradable. (*A Adelina.*) Bailaremos un vals i a dormir. Ha estrañado a todos no bajaran al salón del hotel. Todo el mundo está entregado a la Diosa Tersípcore.

ADELINA. (*Poniéndose de pie.*) ¿A qué hora vas mañana al baño?

ROSA. Un poco más temprano que hoi. Habrá menos curiosos.

ADELINA. ¿A las nueve?

ROSA. A las nueve.

ADELINA. (*Con un beso.*) Buenas noches, Javier, buenas noches.

JAVIER. (*De pie, indiferente.*) Buenas noches. Tengan cuidado en la escalera... Hai un

pedazo de alfombra suelto. (*Vuelve a engolfarse en las cartas. Mutis Julio i Adelina.*)

ESCENA IV

ROSA, JAVIER, a poco CRIADA

ROSA. (*Toca timbre a Criada que viene.*) La niña, duerme?

CRIADA. (*La del acto anterior.*) Sí, señora.

ROSA. Le corraste el pabelloncito de la cama? Hoi hace frío.

CRIADA. Sí, señora.

ROSA. Puedes acostarte. (*Mutis Asunción. Rosa se entera del contenido de la carta que le entregara Javier. Pausa.*) ¿Te vas a acostar? (*Al iniciar Javier mutis.*)

JAVIER. Pensaba. ¿I tú?

ROSA. Luego...

JAVIER. Voi a dejar mi abrigo i mi sombrero... Vuelvo...

ROSA. (*Amorosa.*) Sí, vuelve. (*Pequeña pausa. Aparte.*) Siempre conmigo igual. Algo extraño hai en su vida que yo no sé. (*Pausa.*) Javier... Javier...

JAVIER. (*Voz interior.*) Voi. (*Después de una pequeña pausa.*) ¿Qué me quieres?

ROSA. Siempre me haces la misma pregunta: ¿Qué me quieres? ¿qué me quieres? Si te llevas todo el día fuera de casa, me agrada estar un momento contigo. Hai veces que sólo te veo a la hora de dormir. Tú debes tener muchas preocupaciones.

JAVIER. ¿Muchas?...

ROSA. Es decir, más bien una sola. Cuando las preocupaciones son muchas, parecen distraerse unas con otras. Cuando es una sola, se clava en el cerebro como un hierro ardiendo.

JAVIER. ¿Lo sabes por esperiencia propia?

ROSA. Sí...

JAVIER. (*Estrañado.*) ¡ ¿cuál es tu preocupación?...

ROSA. El verte a ti preocupado.

JAVIER. Estás galante esta noche. Quizá todas las galanterías que te dijeron en el Casino, te influenciaron.

ROSA. Quién se preocupa de esas cosas.

JAVIER. Tú: que desmientes con las sonrisas gastadas hace un momento, los desdenes que por esas sonrisas muestras ahora.

ROSA. Siempre las mismas censuras.

JAVIER. Como yo te diría a ti: siempre las mismas coqueterías.

ROSA. No sé a qué llamas coqueterías: una son-

risa, una palabra de etiqueta, un adulo insulso a cualquier imbécil que se nos acerca?

JAVIER. Es que no sé qué calor pones tú en lo que en otras mujeres aparece friamente insustancial.

ROSA. (*Mimosa.*) Eso te probará que yo no nací frívola, i que sé querer... Sí, tu lo sabes: que sé querer i que hai alguien (*acari-ciándole la cabeza*) que no sabe corresponder al cariño de su mujercita...

JAVIER. Déjame, Rosa.

ROSA. ¿Qué te deje? Nunca. Eres tú el que me dejas, el que huye de mí a cada instante. Ya ves, me rechazas...

JAVIER. Nó. No te rechazo, pero siéntate para que hablemos...

ROSA. Pero es que no podremos hablar así, más juntos, mirándonos, para que las palabras vayan más directas al corazón. Dime, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?...

JAVIER. (*Rudo.*) Te digo que me dejes...

ROSA. No sabes corresponder mi cariño... No quieres entenderme...

JAVIER. Tal vez haya incompatibilidad de caracteres; tal vez otro te hubiera comprendido mejor que yó...

ROSA. (*Vengativa.*) Dices bien, tal vez otro me habría sabido querer más que tú...

JAVIER. (*Rápido, como evocando algo.*) Calla...
Calla... (*Conteniéndose.*)

ROSA. ¿Qué te pasa?... Me das miedo... Habla, pero no así, que haces que te tenga distancia... Esa conducta tuya durante el tiempo que vivimos en Europa, me mata... Qué cambio tan grande se ha operado en ti i por qué?

JAVIER. Sí, estoi cambiado. Yo mismo me desconozco. Han puesto en mí otro hombre. ¡Oh! Cómo volviera a ser el de antes, a tener como antes mi espíritu tranquilo.

ROSA. ¿De qué te quejas?

JAVIER. Tu recordarás el día que fuí a recibirte a la Pallice. Qué contento estaba aquella mañana. Iba a verte. Con cuánta emoción miraba el humo del transatlántico que de nuevo te devolvía a mí. De improviso, un golpe al corazón: ahí estabas, junto a la borda haciéndome señas con el pañuelo. Subí como loco la escala: atropellé a cuatro o cinco que me insultaron en diversos idiomas i llegué junto a tí. Me parecías otra mujer. Fantasmagoría de las ausencias, que sin quererlo nosotros ponen en el corazón polvo de olvido. Te abracé como loco, te besé como loco también, pero fué solo un beso largo, porque despegar los labios de tu cara para

repetir, me pareció perder el segundo que transcurría entre beso i beso. Fué como un éxtasis del cual me despertaron las lágrimas tuyas i las mías confundidas. Te volvía a ver, te tenía de nuevo a mi lado despues de aquel largo viaje cruel que te exigieron obligaciones de familia. Fué una etapa encantadora de dos o tres meses... Luego cambió la vida para mí... Cuando tarde de la noche entraba a tu pieza para darte un beso, me detenían las dudas junto a tu lecho i muchas veces me retiré a mi cuarto con un beso que palpitaba entre mis labios, para volverse lágrima de rabia que secaba mi almohada... Dudaba de ti, empezaba a sufrir ese infierno de la duda.

ROSA. Pero duda de qué? Duda por qué?...
¡Dilo!...

JAVIER. Duda de todo. Llegabas de Chile no como te habías ido. Muchas veces durante nuestras comidas o nuestras horas de soledad, te quedabas pensando, fija la vista en un punto, como haciendo precisa una imagen lejana o una escena que no podemos borrar de nuestro recuerdo.

ROSA. (*Procurando hacerlo olvidar.*) Imajinaciones tuyas. No seas niño. Yo soi para ti siempre igual.

JAVIER. Igual, nó.

ROSA. La misma que se fué, la misma que te quiere con toda la vida.

JAVIER. Quisiera abrirte el cerebro para ver en él la última sombra de tu pensamiento. *(Le coje la cabeza i la mira al fondo de los ojos. Pequeña pausa. Javier se pasea. Rosa queda como pensando en algo lejano i con la vista fija en un punto.)* ¿Qué piensas? Ya estás como siempre, que te quedas como embobada en algo que absorbe toda tu vida.

ROSA. *(Evasiva.)* Nó pienso en nada.

JAVIER. *(Cojiéndole las muñecas sin poder contenerse.)* No. Dime qué piensas. Hai en tu vida un secreto que yo necesito saber...

ROSA. Déjame, que me haces daño. Te atormentas.

JAVIER. Me ocultas algo que yo debo saber... Mira, Rosa, que me exasperas con ese jesto de terquedad. Dime en qué piensas.

ROSA. Te digo que me dejes... Me haces daño. ¿Por qué me tratas así?

JAVIER. Porque tú me ocultas algo.

ROSA. ¿Qué es lo que puedo ocultarte? Suéltame.

JAVIER. Tú lo sabes mejor que yo.

ROSA. Entonces tú sabes algo?

JAVIER. Sí, lo sé...

ROSA. Mentira, mentira.

JAVIER. Niegas sin convencimiento.

ROSA. Pero dime, qué sabes, i no me maltrates.

JAVIER. (*Arrojándola sobre un sofá.*) Que tú has sido en Chile una mala mujer.

(*Rosa dá un grito i se cubre la cara con las manos. Llora. Pausa.*)

JAVIER. Mira, Rosa, es necesario que te hable con franqueza de algo que es preciso aclarar... i voi a decirte.

ROSA. Sí, habla, habla alguna vez. Haz de mí lo que quieras, pégame, maltrátame, todo es preferible a que te pases noche i día con esa cara, con ese modo, que hasta la niña lo ha notado. ¿Qué tienes? Tú no eras así, pero desde que llegué de Chile...

JAVIER. (*Yendo a cerrar la puerta.*) Sí, no era así. Tú te acordarás de mis cartas, llamándote en todo momento. Llegaba a dudar de tu negativa para venirme, dando como disculpa la enfermedad del abuelo.

ROSA. I era verdad, el abuelito estuvo mui mal.

JAVIER. Los amigos, tú sabes... nunca faltan, me escribían i al hablarme de ti dejaban adivinar entre líneas cosas molestas para mí. Por otra parte tu carácter lijero me inclinaba a creer...

ROSA. A creer, a creer... siempre has estado

dispuesto a creer. Me has querido, no lo niego, pero, de qué manera me has querido, de un modo áspero, autoritario, como esos padres crueles que pegan a sus hijos i luego les dicen: «esto es por lo que tanto te quiero». Aun en las horas íntimas,—las de antes, que ahora...—te alejabas de mí con ira, con un rencor de todo tu ser...

JAVIER. Por celos, no comprendes? Por celos. Te adoraba, i en las horas de dulce abandono me acordaba de ciertas cosas i hubiera querido entonces estrangularte, hacer sangre tus labios que siempre reían, reían a todos... Coqueta...

ROSA. Mentira. He tenido un carácter lijero. Así nací, no lo puedo remediar: es mi temperamento...

JAVIER. Qué comodidad: hacer responsable al temperamento de ciertas cosas que deben tener otro nombre menos poético...

ROSA. Mira, no me ofendas, no me exasperes, porque esta noche con lo que has hecho poniéndome en ridículo, puedo hacer una locura...

JAVIER. ¿Una más?

ROSA. La definitiva, acaso...

JAVIER. Ya la has hecho...

ROSA. ¿Cómo? ¿Qué dices? No abuses de mi

debilidad de mujer i de que estoi lejos de mi familia. (*Llora.*) Mi mamá, Mi abuelito.

JAVIER. I si yo te probara?...

ROSA. Probarme tú? ¿Qué?...

JAVIER. Tus devaneos.

ROSA. Mis... Si eso fuera verdad, harías de mí lo que quisieras.

JAVIER. (*Sacando una carta de la cartera.*) ¡Lee!...

ROSA. (*Lee.*) Cómo... Esto ¿de quién?

JAVIER. De Don Mateo. Te ha sorprendido. Bueno, i ahora, ¿qué dices?

ROSA. Que de ese viejo cínico corruptor de criadas, no se debe dar crédito.

JAVIER. Como verás más adelante, un criado le contó...

ROSA. Tío Pedro.

JAVIER. Ves como caíste? (*Irónico.*) I ahora tengo razón para hacer de ti lo que quiera? (*Con ira.*)

ROSA. (*Aparte.*) Dios mío, me han vendido.

JAVIER. Callas. Haces bien. Me das lástima! (*Va a salir.*)

ROSA. ¿Qué haces?

JAVIER. Ya lo ves: me voi... i para siempre... Ahí en mi escritorio hai dinero para que regreses a Chile. Esto debí hacerlo antes, cuando lo supe... sin embargo quería ha-

blarte. No beso a mi hija porque luego no tendría valor para irme.

ROSA. (*En el mutis de Javier.*) Javier no te vayas. Yo te explicaré.

JAVIER. (*Medio mutis.*) Justifícate.

ROSA. Me han calumniado, sí, créemelo, me han calumniado.

JAVIER. Si eso mismo me lo han escrito varios: Don Pelayo, Don Mateo, Cipriano... todos. Me da asco todo esto. (*Mutis.*)

ROSA. (*Saliendo. Voz interior desesperada.*) Javier, no te vayas, Javier!... Javier! (*Pausa, un momento escena sola. Luego vuelven los dos.*) Te diré toda la verdad. Toda... Ya no soporto más... Mira... dime: (*Hace esfuerzos.*) ¿Si yo te leyera una carta, me creerías?

JAVIER. (*Irónico.*) ¿La vas a inventar? Terminemos pronto...

ROSA. Contesta: ¿me creerías?

JAVIER. Sí. (*Música hasta que cae el telón.*)

ROSA. (*Después de pausa.*) Oye los últimos párrafos de la carta de Virginia. ¡Pobre hermana mía! (*Lee lentamente entre lágrimas.*) «La paz del convento que es paz divina, ha penetrado en mí. Recuerdo el pasado, i me parece un sueño horrible, i para salir de él cojo mi libro de oraciones i rezo por ti que me prestaste honra perdiéndola tú; rezo por Javier

para que sean mui felices, i rezo por la mamá, por el abuelito, que de tiempo en tiempo viene a dar un beso a su nieta, que cree una santa. Cuando me ve llorar, llora él también, i me dice si echo de menos el mundo, la casa en que nací, aquel «rosal» de mi infancia i de mi amargura. Mientras te escribo esta carta que has de recibir tal vez el aniversario de aquel día triste, la campanita del claustro toca las oraciones. ¡Qué tristeza tan dulce, qué ambiente de pureza flota entre estos aleros que habitan las golondrinas i bordan los «suspiros azules»! Hermana mía, ruego por tí, i al hacerlo me parece que la imagen de la Virgen me dice: «venid a mis brazos los arrancados por el huracán del mundo, que yo soi isla verde de paz i de divina gracia»...

(Javier se arrodilla a su lado, abatido, besándole las manos, poco antes de las últimas frases. Escena cuidada.)

TELÓN LENTO

San Bernardo, Enero 1.º a Enero 15 de 1915.

LA CARETA

(Monólogo)

A doña María Guerrero, la ilustre





LA CARETA

Monólogo

La escena representa una sala elegante. A derecha e izquierda, puertas. Una de éstas comunica con un salón iluminado. La del frente, con una alcoba. Al foro, otro salón iluminado. Al levantarse el telón la escena está sola. La orquesta preludia un vals en sordina. Un biombo por la puerta en que sale la actriz.

MARTA. *(Entrando i deteniéndose a hablar con alguien que se supone en el salón de la derecha del espectador.)* Los dejo un momento, nada más que un momento. Asuntos que he olvidado... Sí, probablemente... De todos modos podéis daros por satisfechos... No tengo nada... Calor, sofocación, i además voi a ver si Martita duerme... Sí? Sois mui amables... Sí, encantada. *(Se retira del biombo i avanza).* Al fin sola. Un momento más i no

resisto. ¿I mi hija? (*Se asoma a la pieza contigua i pone el oído*). Duerme, duerme tranquila. (*Se enjuga los ojos como si tratara de contener una lágrima. La orquesta ha callado*). Esto tenía que pasar, esto debía pasar i ha pasado. Soi una imbécil, sí, una imbécil... Invitar a María a esta fiesta, a mi cumpleaños, i luego invitarlo a él, sabiendo que María no es indiferente a Juan. I todo por orgullo, como un desafío arrojado al rostro de esa muchacha que... es encantadora, que tiene veintitrés años i que yo odio con pasión, con toda la fuerza de que soi capaz. Creí que podría sostener con ella una lucha, aparecer indiferente ante Juan i darme el lujo de sonreír ante la rival... I he sonreído esta noche entera, esta noche de infierno. Cuando Juan la cojía por la cintura en una vuelta de vals, i ella se abandonaba de un modo irritante, sentía que una mano de hierro me apretaba el corazón i aún encontraba fuerzas en mi invencible debilidad de mujer para decirles: «Bien, mui bien: hacéis una pareja encantadora i bailais como sobre patines». Cada palabra me costaba una angustia, una agonía, i con qué placer habría visto yo también a María agonizar estrangulada por mis manos. El vals seguía, una música voluptuosa, una música maldita que irritaba mis nervios. Se alejaban ellos entre los hombros desnudos—¿qué

se dirían lejos de mí?—se acercaban de nuevo, i de nuevo yo tenía para ellos una frase de esquisita galantería. En una de estas ocasiones debí ponerme mui pálida, porque alguien me preguntó si me sentía mal. Pude sonreir por última vez, pero mi sonrisa debió ser una mueca horrible, una de esas sonrisas infernales en que más se ven brillar los dientes que amenazan que los labios que prometen, porque la persona que tenía al lado se alarmó. Nuevas preguntas imbéciles. ¿Qué tenía? ¿qué tenía? ¡Dios mío! tenía una angustia como no la he experimentado nunca en mi vida, un sabor amargo en la boca i en el corazón un lago de lágrimas que no podía llorar. ¿Qué había pasado? Al dar una vuelta de vals, veo que Juan, mi Juan, dá una mirada escrutadora a los hombros de María, sí, fué a los hombros tan solo; la detiene un instante... Ella se apercibe... dice una sílaba, fué tan solo una sílaba, i entorna los ojos como vencida por aquel mirar que la atenaceaba... Sentí ansias de gritar, de huir lejos, pero me limité a sonreir, mirándolos siempre, mirándolos como en un éxtasis... Los violines lloraban, parecían rogar una caricia, i sentía que los arcos pasaban sobre mis nervios torturándolos, i he huído del salón, casi agotada, i con un deseo tan grande i tan dulce de deshacerme en lágrimas (*se enternece*), de tener a alguien

a quien contarle todo esto que es tan sencillo i tan horriblemente insoportable.

(Pausa. La orquesta insinúa el mismo motivo de vals que al principio. Marta se incorpora para oír).

El mismo motivo, esas cuatro o cinco notas antipáticas. *(Tararea obsesionada, i parece evocar)*. Veinticinco de Abril de 1910. Hace cuatro años, una noche como hoy, mi cumpleaños. Parece que le oigo decirme con esa manera voluble de hombre que sabe que tiene talento e interesa: «Señora Marta—sí, señora Marta—su viudez no la hastía en este caserón sombrío? Es necesario que usted ame a alguien, porque no querrá engañar que entre usted i su esposo no hubo más que una simple estimación». Estábamos solos. El había comido ese día en casa. Martita se había ido a acostar. No sé qué atmósfera de abandono i pereza flotaba esa noche en el comedor. Recuerdo que cojí de uno de los senderos un manojito de violetas, lo aspiré con fuerza, i sabe Dios cómo mis ojos lo miraron, que sentí aquí, en la muñeca, bajo las violetas que aplastaba contra mi cara, un roce tenue, que al abrir los ojos me apercibí que aquello había sido un beso. *(Con coquetería)*. Llegan a veces los besos de una manera

tan discreta que apenas si una se apercibe de ellos en la reincidencia... I desde aquella noche hasta hoi no he razonado ni un minuto i acaso por esto mismo haya sido feliz.

(*Lijera pausa*).

Miro hacia mí otra vida pasada, i veo tan sólo un borrón gris i monótono. Recuerda, mujer. ¿Qué hai allá lejos? ¿Qué ves? Veo a una muchacha rubia, ansiosa de ideal, gran lectora de nóvelas con bellos imposibles. Veo los días asoleados de campo en el caserón que huele a menta i a trigo tostado, veo aquellas alboradas purísimas contempladas con deleite después de una noche de insomnio—noches de los veinte años—mañanas cuya frescura me azotaba el rostro i se colaba pecho adentro con todos los aromas nuevos del amanecer... i veo después a mi padre i a mi madre, insistiendo, insistiendo siempre: «cásate, cástate, tu porvenir es el matrimonio, es nuestra salvación». I admito contenta de poder aliviarlos, i luego una cadena interminable de días estúpidos con un eslabón de oro, mi Marta, mi adorada Marta, por quien soporté todo con resignación, por quien soi capaz del más cruento sacrificio. Después?... Después él, Juan... cuatro años de aturdimiento delicioso... ¿Cómo le conocí?... Casi una novela pequeñita... Fué un día de invierno. Antes que nada, no describas Marta, i ahórrate

una auto lata. Es el caso que mi sirviente me trae una tarjeta: «Juan de la Peine». Era un importuno, pero también es el caso que aquel apellido me sabía a súplica i no sonaba mal el «de la Peine». Lo recibí. ¿Qué significaba su visita? Un collar. Es decir, la devolución de un collar que yo había perdido una noche de teatro. Quise terminar pronto, insinuar las gracias porque no me atrevía a ofrecer gratificación; despedir al desconocido; pero es el caso que no encontraba la palabra adecuada para la despedida. De improviso me veo de bata ante aquel desconocido, quiero insinuar una disculpa i me ruborizo. El comprende, me obsequia una galantería i me ruborizo más aún... I aquel rubor me perdió, fué como un instántaneo lazo de intimidad entre yo i el Juan de la Peine aquél. Desde entonces he aprendido que el rubor en las mujeres en ciertos momentos es una concesión: revela conciencia de lo que es necesario ignorar... Consecuencia: la palidez en el rostro de una mujer no compromete nunca; el arrebol en el mismo sitio nos pone siempre en evidencia, ya sea como producto espontáneo de una llamarada de la sangre o como amable chispazo de una combinación química. I ahora pienso ¿quién tuvo la culpa de todo aquello? Mi bata, no hai duda... i también sus ojos verdes tan audaces, sí, sus

ojos... Pero no, seré equitativa: creo que algo de mi bata i algo de sus ojos verdes... o para ser sincera de una vez i pensar en mujer: fué más la culpa de mi bata que de sus ojos... I ved entonces la influencia enorme de una prenda de vestir tan sencilla sobre el porvenir de una vida entera... I ya sabéis vosotras como yo, que amamos tanto más cuanto mayor es la seducción que ejercemos, porque así parece que nos amamos a nosotras mismas, que es el amor de los amores. (*Pausa*). I estoi riéndome i haciendo frases al recordar cuatro años de mi vida, cuatro años que hoi terminan para siempre, sí porque me dice el corazón que terminan para siempre. (*La orquesta vuelve a insinuar el vals anterior*). ¿No parecen los violines llantos de amor? Ruegan, suplican... (*Oyendo*). Me llaman, sí, he oído mi nombre. Es la voz de Juan. (*Se acerca a mirar tras del biombo*). Sí, es él... con ella. Valor, Dios mío. (*A ellos*). ¡Hola! Mui bien: ¿habéis bailado mucho? ¿Cómo?... Sí, sí, pareja encantadora... Ya le dije yo a María hace un momento... Con toda sinceridad. ¿I por qué no? Sería tan natural... ¿Yo? Nó, eso nó... Mui bien... encantada. He pasado una noche deliciosa. Sí, María... sí, preciosa. Estáis adorable... Luego... (*Volviendo a escena*). Sí, adorable, ella... con el rostro encendido, con la mirada brillante, como si el alma

enamorada brillara como un cristal al borde de los párpados. I ella, qué sabe el daño que me hace, si tiene apenas veinte años... Pero él... él, ya es distinto! El sabe i se goza en mi sufrimiento porque dice que le gusta domar mi orgullo de reina. No abuséis de mí, que si salta la careta, me veréis como soi, al desnudo mi corazón que sangra... (*Se oye una carcajada cristalina en el salón contiguo*). Ella, sí... (*La orquesta ha callado*). ¿Por qué ríe así de ese modo tan?... (*Suena otra carcajada más cerca i satisfecha*). Nó... no quiero que rías más. Porque a no dudarlo ríen de mí... El tal vez le habrá contado... O será por una broma... Miraría... (*Duda*). Quiero mirar, lo necesito... lo ansío. Sé que voi a sufrir de nuevo, pero... (*Vacila afirmada en el biombo. Dos risas seguidas i como ahogadas suenan una tras de otra junto a la puerta, como risas de flirteo*). ¿Pero es que van a venir aquí mismo a gozarse en mi dolor?... No se oye nada. (*Aguza el oído*). Ahora... Ahora sí, oigo un murmullo discreto... Pero lo que hago es feo, es indigno... pero no puedo, me atrae este misterio como una seducción amarga. (*Oye de nuevo*). Oigo la voz de Juan... i habla dulcemente, como me ha hablado a mí en este mismo salón... sí, es su voz, i junto al biombo... Apagaré. (*Apaga la araña. Bateria a media luz. Acecha*). Así se verá mejor... Tras la cortina se

mueve un hombro desnudo... el de ella... Junto al hombro, un rostro... sí, no me equivoco: al través del tul veo perfectamente... Es Juan... se acerca a su oído para hablarla, se acerca más, más aún... ¿qué dirá? (*Oculto todo el cuerpo tras del biombo i el juego de las manos dirá al público el estado de alma. La misma risa anterior se ahoga casi detrás del biombo. Marta vuelve a escena con el semblante mui pálido, demudado*). Que no me vean. Vienen hacia aquí... como buscando un refugio... (*Marta se ha reclinado en el diván*). Ya están aquí... ya... (*Tras del biombo suenan dos discretos besos en medio del más profundo silencio. Marta se yergue, ruje i ya cuando va a saltar como leona al biombo, oye la voz interior de su hija que la llama: «Mamá... Mamá...» Cambia de actitud Marta, que se deja al talento de la actriz. Da la luz*).

¡Mamá!... ya no salta la careta: sigue pegada al rostro como lienzo mojado por lágrimas sobrer una lápida: la que guardará para siempre mis últimos amores...

(*Hace mutis dirijiéndose a la pieza de su hija con resignación*).

TELÓN *en el mutis, lento.*

Santiago, 1914.

OBRAS LITERARIAS
PUBLICADAS POR LA
CASA EDITORIAL «MINERVA»

ISMAEL PARRAGUEZ.—**La desinteligencia**, novela sobre las tragedias del matrimonio.

SAMUEL A. LILLO.—**Canciones de Arauco**, poesías.

» » **Chile heroico**, poesías.

RABINDRANATH TAGORE.—**Poemas**.—Selección hecha por Raúl Ramírez, con glosas de Gabriela Mistral.

BENJAMIN VELASCO REYES.—**El alma de los sonetos**, poesías.

VICTOR DOMINGO SILVA.—**Sus mejores poesías**.

ANTONIO BORQUEZ SOLAR.—**Laudatorias heroicas**, poesías.

BENJAMIN OVIEDO MARTÍNEZ.—**Inquietud**.

A. MENDEZ BRAVO.—**Senderos**

M. GUZMAN MATURANA

Santiago-Casilla 1419.

OBRAS DIDÁCTICAS

PUBLICADAS POR LA

CASA EDITORIAL «MINERVA»

ANTONIO ZAPATA LILLO.—**Chrestomatie française.**

ELIODORO FLORES.—**Obras clásicas de la literatura castellana.**

SAMUEL A. LILLO.—**Historia de la literatura chilena.**

» » **Literatura Chilena** (texto para el sexto año de humanidades).

ENRIQUE EVERDING.—**Libro de Lectura Alemana** (2 tomos).

JUAN N. MENESES.—**Jeografía de Chile.**

ALCAYAGA I FLORES.—**Instrucción Cívica.**

BERENDIQUE I DONOSO.—**Química inorgánica** (3 tomos).

LUIS A. TRONCOSO PINTO.—**Elementos de dibujo lineal.**

JOSE M. MUÑOZ H.—**Historia elemental de la Pedagogía chilena.**

Dr. BODIN, trad. de R. MONDRÍA.—**Higiene de la piel i del cuero cabelludo.**

Los verbos irregulares franceses con un prontuario de gramática.

Edo. PETIT, trad. Gmo. MARTINEZ.—**La Escuela en la guerra.**

M. GUZMAN MATURANA

Santiago-Casilla 1419.

Librería i Casa Editorial

“MINERVA”



Ahumada 39 i 43 - SANTIAGO - Casilla 1419



Especialidad en textos i artículos escolares.

Tiene a venta **por mayor i menor:**

Los mejores cuadernos.

Toda clase de útiles de escritorio.

Bibliotecas infantiles escojidas.

Bibliotecas pedagógicas.

Bibliotecas científicas.

Bibliotecas de obras literarias.

Bibliotecas de obras históricas.

Los profesores i los alumnos pueden consultar sobre cuanto necesiten para sus clases.

Informaciones i Catálogos, pídanse a

M. GUZMÁN MATURANA.

SANTIAGO, Casilla 1419.